

Pasada la estación de las lluvias, O'Higgins se dispuso á preparar un asalto á Talcahuano, último asilo del trono en el Chile central. El jeneral Brayer fué el encargado, como mayor jeneral, de hacer un reconocimiento para elegir el campamento del ejército, compuesto de unos mil quinientos hombres, y este se puso en marcha al dia siguiente para ir á ocuparlo. Su distancia á Talcahuano era de un tiro de cañon de á veinte y cuatro, que no podia sin embargo hacerle daño ; pero su flanco izquierdo, enfrente de la bahía de San Vicente, estaba mas amenazado por las chalupas cañoneras y un bric, el Potrillo, que estacionaban en ella ; lo que obligó al comandante Borgoño á colocar en la costa algunas piezas de á cuatro que

con unos cuantos tiros bien dirigidos, alejaron para no volver á aparecer estos elementos de inquietud. Quedó, pues, el ejército dueño del campo, y ya no se pensó mas que en disponer un ataque bien ordenado. Con objeto de engañar al enemigo iba todas las noches una compañía de cazadores á causar alarmas falsos, lo cual duró hasta el 6 de diciembre, dia señalado para el asalto, y muy á propósito, porque el viento norte que soplaba no permitia la salida de la Venganza y el Potrillo, únicos buques de que los realistas podian disponer en caso de fuga.

Con arreglo al plan adoptado, una parte del ejército al mando de Las Heras, debia ir por la derecha á atacar el Moro, que era el punto mejor fortificado y el mas importante; otra parte, mandada por Conde, debia dirigir el ataque por el lado de la bahía de San Vicente, y ademas por el del campo santo: por último la caballería, á los órdenes de Freire, debia esperar la toma del puente levadizo para echar abajo las puertas y entrar en la ciudad. Beauchef, que de ayuda de campo del jeneral Brayer habia pasado de mayor al rejimiento número 1 de resultas de una revolucion contra su comandante Riveras, era el encargado de la primera columna que debia atacar el Moro, y por consiguiente la que tenia que dar prueba de gran valor, porque la victoria dependia de la toma de aquel punto y del puente levadizo. Al conferirle tan peligrosa comision se le dió una prueba de la confianza que inspiraba su denuedo y su sangre fria.

Pero los incidentes tan comunes en las combinaciones de un ataque, se ofrecieron esta vez de mil maneras, empezando porque algunas compañías se retrasaron en presentarse en sus puestos. Tenian orden de estar prontas antes de las dos de la mañana para emprender la marcha,

y á las tres la columna encargada del ataque del Moro solo habia reunido tres compañías : mas aunque faltaba la 4<sup>a</sup> del rejimiento número 3, el comandante se puso en movimiento, aguijoneado por el deseo de distinguirse en su primer mando, y de demostrar que era digno de la buena opinion que se tenia de él. A la mitad del camino una bala de veinte y cuatro disparada sin objeto y como se hacia casi todas las noches, les hizo creer que estaban descubiertos; pero no por eso dejaron de seguir adelante y llegaron al borde del primer foso, habiendo recibido una descarga de unos doscientos fusiles que pusieron una veintena de hombres fuera de combate. Beauchef, para dar ejemplo, se arrojó en el foso, y seguido de gran parte de su columna fué el primero que empezó á escalar los muros, en cuya operacion se ayudaban los unos á los otros, y en seguida á derribar la estacada para penetrar en lo mas alto del Moro, que mandaba don Clemente Lantaño. Se ocupaba en la demolicion con el afan impetuoso que hace desaparecer toda resistencia, cuando algunos realistas en medio de la confusion en que un ataque tan imprevisto les habia puesto, fueron por allí casualmente é hicieron una descarga á quema-ropa sobre aquel puñado de valientes, de la que murieron muchos, entre otros el capitan Videla del undécimo. El mayor Beauchef fué gravemente herido en la espalda y solo le quedaron fuerzas para animar á sus bravos compañeros, que muy luego penetraron en la trinchera y se hicieron dueños de ella, auxiliados por el capitan don José María de la Cruz, que fué uno de los primeros que entraron, y por los granaderos que acababan de reunírseles. Desgraciadamente el comandante de estos granaderos no estaba enterado, como Beauchef, de que aun

habia que vencer otro foso para llegar al puente levadizo; y cuando se encontró con un obstáculo que ignoraba, y con que era necesario nuevo esfuerzo de audacia para superarlo, se turbó algun tanto y vaciló, circunstancia que aprovecharon los realistas para tomar la ofensiva. En el mismo momento el valiente Ordoñez, que desde que empezó el asalto se habia hallado en los sitios de mas peligro, tomó el mando de este punto tan comprometido, y con su terrible habilidad consiguió al cabo de dos horas de un combate tenaz, dispersar los patriotas y metrallarlos mientras se retiraban en buen orden á su campamento. El ataque de Conde sobre el flanco izquierdo no fué mas feliz, como tampoco el de las lanchas enviadas á la bahía de San Vicente á las órdenes de Manning, no obstante que se apoderaron de un lanchon con una pieza de á diez y ocho, cuyos soldados fueron pasados á cuchillo.

Tal fué el resultado de este ataque, en el que los patriotas llevaron al principio toda la ventaja, hasta el punto de levar anclas los oficiales de la Marina real y enviar marinos á los buques extranjeros embargâdos, para ayudarles á hacer lo mismo con las suyas y recibir los fujitivos que creyeron no tardarian en presentarse (1). Unos y otros se batieron con valor admirable; y si con razon los patriotas atribuyeron principalmente su desgracia al retraso de una hora con que las primeras columnas empezaron el movimiento, es necesario confesar tambien que contribuyeron mucho á ella el talento y el arrojo de Ordoñez.